

Jesús el Curandero

Oración: *Pedir para recibir la gracia de conocer y comprender mejor a Jesús para que su amor hacia Él crezca y el deseo de imitarle sea más ferviente.*

Introducción:

Encontramos en los Evangelios muchos ejemplos de Jesús curando a un enfermo. Siéntase en la libertad de escoger el pasaje con el que usted esté más familiarizado y de meditar sobre el mismo. Le sugerimos los siguientes pasajes: el paralítico bajado por el techo (Lucas 5:17-26), el sirviente del Centurión (Lucas 7:1-10), los diez leprosos (Lucas 17:11-19), la mujer que sangra (Marcos 5:21-43), el hombre que había nacido ciego (Juan 9:1-11), o la resurrección de Lázaro (Juan 11:1-44).

Usted puede reflexionar el pasaje que escoja desde perspectivas diferentes. Por ejemplo, usted puede imaginarse a sí mismo como la persona que estaba enferma y que fue sanada, como un familiar o amigo de la persona sanada por Jesús, o como uno de los discípulos de Jesús. Juegue con los diferentes personajes y vea cuál le llama más la atención y cuál enciende su imaginación.

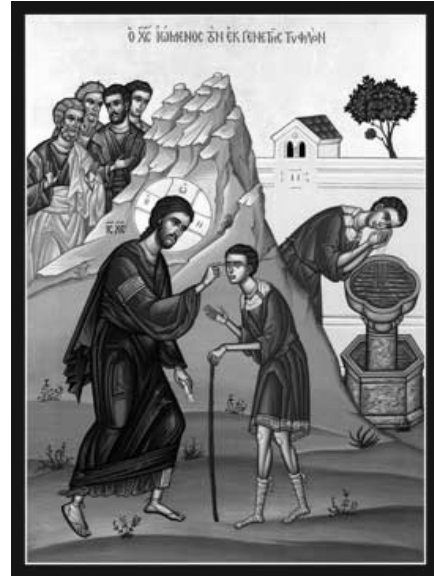
Identifique el personaje que tenga un mayor impacto en usted y el papel que le produzca las imágenes más vívidas. Use ese personaje para su reflexión. Este ejercicio le brinda la oportunidad de ser testigo y de experimentar el impacto que la presencia sanadora de Jesús pueda tener en su vida y en la vida de los demás.

¿Qué se siente al estar cerca de Jesús y observarlo curar a la gente? ¿A quién usted conoce que necesite ser sanado? En el ejemplo del hombre que es bajado por el techo uno se podría preguntar qué hubiese podido motivar a sus amigos a tomar una acción tan drástica? ¿De qué estaría hablando Jesús antes de esta interrupción tan inesperada? ¿Cómo responde Jesús a esta interrupción? ¿Qué motiva a Jesús a curar este hombre? ¿Cómo usted responde al poder de Jesús? ¿Qué usted le dice a Jesús? ¿A quién y cómo le explicaría usted lo sucedido?

Para hacer esta reflexión más personal e íntima piense de qué manera usted podría estar incapacitado y necesitar sanación. ¿Qué le impide ayudar a los demás a acercarse a Jesús? ¿Qué usted podría aprender de la manera en que Jesús reacciona ante eventos inesperados? ¿De qué forma Jesús le trae sanación a su vida? ¿De qué manera Jesús le anima a levantarse y caminar? ¿Qué lo está deteniendo? ¿Qué amigos lo llevarían a usted ante Jesús para ser curado? ¿Quiénes en su vida le alejan de Jesús?

Pídale al Espíritu Santo que guíe su imaginación mientras conversa con Jesús sobre Su ministerio de sanación. ¿Qué Jesús está tratando de revelar o enseñarle acerca de la manera en que Él trata con las personas que necesitan sanación? ¿Cómo usted podría ser llamado a imitar a Jesús y brindar sanación a los que le rodean?

Tal vez usted va a experimentar lo inesperado. Quizás usted vea también cosas increíbles hoy, y tal vez, usted podría ser sanado también!



Recordatorios:

Recordar el ámbito de la oración: en la presencia de Dios; recordar que ésta es una historia sagrada; pensar sobre dónde me encuentro; pedir lo que deseo: deseo conocer a Jesús íntimamente, de amigo a amigo; situarse en el evento; terminar con un Padre Nuestro.

El Examen diario le ayuda a tener en mente los Ejercicios a los que usted se ha comprometido.

Aún más importante, la acción ld brinda unos minutos para recordar cómo puede interferir entre usted y Dios.

Lucas 5:17-26 Jesús Cura un Paralítico – Un día Jesús estaba enseñando, y había allí entre los asistentes unos fariseos y maestros de la Ley que habían venido de todas partes de Galilea, de Judea e incluso de Jerusalén. El poder del Señor se manifestaba ante ellos, realizando curaciones. En ese momento llegaron unos hombres que traían a un paralítico en su camilla. Querían entrar en la casa para colocar al enfermo delante de Jesús, pero no lograron abrirse camino a través de aquel gentío. Entonces subieron al tejado, quitaron tejas y bajaron al enfermo en su camilla, poniéndolo en medio de la gente delante de Jesús. Viendo Jesús la fe de estos hombres, dijo al paralítico: “Amigo, tus pecados quedan perdonados.” De inmediato los maestros de la Ley y los fariseos empezaron a pensar: “¿Cómo puede blasfemar de este modo? ¿Quién puede perdonar los pecados fuera de Dios?” Jesús les leyó sus pensamientos y les dijo: “¿Por qué piensan ustedes así? ¿Qué es más fácil decir: ‘Tus pecados te quedan perdonados’, o decir: ‘Levántate y anda’? Sepan, pues, que el Hijo de Dios tiene poder en la tierra para perdonar los pecados.” Entonces dijo al paralítico: “Yo te ordeno: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.” Y al instante el hombre se levantó a la vista de todos, tomó la camilla en que estaba tendido y se fue a su casa dando gloria a Dios. Todos quedaron atónitos y alababan a Dios diciendo: “Hoy hemos visto cosas increíbles.” Pues todos estaban sobrecogidos de un santo temor.

Lucas 17:11-19 La Curación de los Diez Leprosos - De camino a Jerusalén, Jesús pasaba por los confines entre Samaría y Galilea, y al entrar en un pueblo, le salieron al encuentro diez leprosos. Se detuvieron a cierta distancia y gritaban: “Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros.” Jesús les dijo: “Vayan y preséntense a los sacerdotes.” Mientras iban quedaron sanos. Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato alabando a Dios en alta voz, y se echó a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole las gracias. Era un samaritano. Jesús preguntó: “¿No han sido sanados los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Así que ninguno volvió a glorificar a Dios fuera de este extranjero?” Y Jesús le dijo: “Levántate y vete; tu fe te ha salvado.”



Marcos 5:21-43 Una Niña Muerta y una Mujer Enferma

Jesús, entonces, atravesó el lago, y al volver a la otra orilla, una gran muchedumbre se juntó en la playa en torno a Él. En eso llegó un oficial de la sinagoga, llamado Jairo, y al ver a Jesús, se postró a sus pies suplicándole: “Mi hija está agonizando; ven e impón tus manos sobre ella para que se mejore y siga viviendo.” Jesús se fue con Jairo; estaban en medio de un gran gentío, que lo oprimía. Se encontraba allí una mujer que padecía de un derrame de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho en manos de muchos médicos y se había gastado todo lo que tenía, pero en lugar de mejorar, estaba cada vez peor. Como había oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y le tocó el manto. La mujer pensaba: “Si logro tocar, aunque sólo sea su ropa, sanaré.” Al momento cesó su hemorragia y sintió en su cuerpo que estaba sana. Pero Jesús se dio cuenta de que un poder había salido de él, y dándose vuelta en medio del gentío, preguntó: “¿Quién me ha tocado la ropa?” Sus discípulos le contestaron: “Ya ves cómo te oprime toda esta gente y ¿preguntas quién te tocó?” Pero Él seguía mirando a su alrededor para ver quién le había tocado. Entonces la mujer, que sabía muy bien lo que le había pasado, asustada y temblando, se postró ante él y le contó toda la verdad. Jesús le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda sana de tu enfermedad.” Jesús estaba todavía hablando cuando llegaron algunos de la casa del oficial de la sinagoga para informarle: “Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar ya al Maestro?” Jesús se hizo el desentendido y dijo al oficial: “No tengas miedo, solamente ten fe.” Pero no dejó que lo acompañaran más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Cuando llegaron a la casa del oficial, Jesús vio un gran alboroto: unos lloraban y otros gritaban. Jesús entró y les dijo: ¿Por qué este alboroto y tanto llanto? La niña no está muerta, sino dormida.” Y se burlaban de él. Pero Jesús los hizo salir a todos, tomó consigo al padre, a la madre y a los que venían con él, y entró donde estaba la niña. Tomándola de la mano, dijo a la niña: “Talitá kumi”, que quiere decir: “Niña, te lo digo, ¡levántate!” La jovencita se levantó al instante y empezó a caminar (tenía doce años). ¡Qué estupor más grande! Quedaron fuera de sí. Pero Jesús les pidió insistentemente que no lo contaran a nadie, y les dijo que dieran algo de comer a la niña.

Lucas 7:1-10 La Fe del Centurión – Cuando terminó de enseñar al pueblo con estas palabras, Jesús entró en Cafarnaún. Había allí un capitán que tenía un sirviente muy enfermo al que quería mucho, y que estaba a punto de morir. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos judíos importantes para rogarle que viniera y salvara a su siervo. Llegaron donde Jesús y le rogaron insistentemente, diciéndole: “Este hombre se merece que le hagas este favor, pues ama a nuestro pueblo y nos ha construido una sinagoga.” Jesús se puso en camino con ellos. No estaban ya lejos de la casa cuando el capitán envió a unos amigos para que le dijeran: “Señor, no te molestes, pues ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Por eso ni siquiera me atreví a ir personalmente donde ti. Basta que tú digas una palabra y mi sirviente se sanará. Yo mismo, a pesar de que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y cuando le ordeno a uno: “Vete”, va; y si le digo a otro: “Ven”, viene; y si le digo a mi sirviente: “Haz esto”, lo hace.” Al oír estas palabras, Jesús quedó admirado, y volviéndose hacia la gente que lo seguía, dijo: “Les aseguro que ni siquiera en Israel he hallado una fe tan grande.” Y cuando los enviados regresaron a casa, encontraron al sirviente totalmente restablecido. .



En éstas o palabras semejantes ... Estaba oscureciendo y se nos estaba acabando el tiempo. Por eso andábamos de prisa. Ésta podía ser una oportunidad única de ayudar a nuestro amigo Juan. Jesús estaba en el pueblo y se encontraba predicando en nuestro mismo vecindario. Así que nos apresuramos. Entre todos nosotros estábamos cargando a Juan en una camilla para llevarlo ante Jesús. Todos habíamos escuchado que Él sanaba a los enfermos y curaba a los incapacitados y pensábamos que podía hacer lo mismo con nuestro amigo. El cielo se fue tornando en unos bellos tonos de púrpura y rosado al caer la puesta del sol en el oeste y el aire nocturno ya se sentía mucho más frío. Sin embargo, ninguno de nosotros lo hubiésemos notado, excepto por el hecho de que temíamos llegar demasiado tarde y que Jesús hubiera terminado de predicar. Por eso corríamos. Miro a mi amigo al otro lado de la camilla que llevaba a Juan y él estaba con tanta ansiedad y curiosidad como yo. En ambos rostros veo una mirada de determinación mezclada con curiosidad y esperanza. ¡Imagínense, Juan podría ser curado hoy mismo! Me sentía extremadamente contento al pensar en esto y en la posibilidad de conocer a un hombre que podía hacer una cosa tan increíble. ¡Allí! ¡Ya puedo ver una luz en la casa que está delante de nosotros! ¡Ya casi estamos ahí! Sin quererlo, todos corremos más rápido. Notábamos nuestro aliento en el aire según exhalábamos. Ya ha caído la noche sobre la villa. Continuamos corriendo hacia lo profundo de esa oscuridad, acercándonos cada vez más a esa luz brillante que iluminaba nuestra esperanza. En mis adentros me siento como un mosquito que es atraído por la luz de una lámpara. No puedo pensar en otra cosa que no sea alcanzar esa luz. Puedo ver ahora una sonrisa en el rostro de mis amigos y en el mío. Mi rostro está sobrecogido de una alegría increíble que no puede ser suprimida. Corremos aún más rápido hacia esa luz de esperanza. El gozo dentro de mi pecho es inmenso, es como una hoguera dentro de mi corazón que calienta mi cuerpo que está prácticamente congelado. Me siento maravilloso, se me dificulta respirar, pero lo disfruto. ¡Vamos a ver a Jesús y a que Juan sea sanado! ¡Juan va a ser sanado! ¡Apenas puedo controlar mi emoción! Mi amigo va a ser liberado finalmente de su parálisis. ¡Se va a poder mover y caminar como el resto de nosotros! Miro a Juan y tiene una gran sonrisa como la mía. Puedo sentir que la esperanza y la alegría que tiene dentro de él es tan grande o mayor que mi gozo. Me siento aún más contento al ver que mi amigo está feliz. Sé que Jesús no nos puede fallar. Miro a todos mis amigos y todos ellos tienen una sonrisa que les cubre toda la cara. ¡Vamos a lograrlo! Al crecer nuestra fe siento también algo más. Como si alguien nos estuviera observando y supiera nuestros sentimientos y se alegra mucho de nuestra fe y entiende completamente de dónde viene. Es como si Dios nos estuviera observando de manera especial y se sonríe con nosotros...

...Estamos aquí. Una buena parte de nuestra alegría se esfumó de nuestros corazones. La casa está llena. Hay una muchedumbre rodeando la casa y no hay manera de que podamos llevar a Juan hasta adentro para ver a Jesús. Con tristeza ponemos la camilla en el suelo y veo que Juan está más triste que nunca antes. Nos animamos nuevamente pues estábamos decididos a ayudar a nuestro amigo; comenzamos a hablar sobre cuál sería la mejor manera de entrar a la casa en donde Jesús estaba. “Tiene que haber una manera”, yo dije. “No podemos perder nuestra esperanza. No podemos darnos por vencidos todavía. Tenemos que ayudar a Juan”. Lo miro y veo que Juan nos está observando con pena y gratitud. Él está agradecido de que tratáramos de ayudarlo. Él está triste porque era la primera vez que tenía la esperanza de poder ser curado y siente que se la han quitado. Me imagino que dentro de sí él debe estar deseando que nunca le hubiésemos alimentado una falsa esperanza. “Todavía puede haber una manera de entrar a la casa”, dijo Marcos. “Miren”. Mientras decía esto señaló hacia el techo de la casa y por donde treparse. ¡Eso es! ¡Brillante! Miro a Juan y exclamo, “Juan, ¡todavía existe una esperanza para ti!” Todos nos reímos, incluyendo a Juan. La gran alegría que sentíamos en ese momento nos dio la energía que necesitábamos para trabajar en el techo. Nos sentíamos hasta más contentos que antes. Era como tomar ese sentimiento inicial de esperanza, alegría y aprobación extremados y multiplicarlo por cien y el resultado sería como un quinto de lo que estábamos sintiendo ahora. Mientras nos reíamos y sonreíamos logramos treparnos al techo y subir también a Juan. Una vez en el techo removimos varias de las tejas para que cupiera la camilla y amarramos la camilla con sogas para poderla bajar hasta dentro de la casa. Mientras nos preparábamos podíamos oír a Jesús predicando y enseñando a la gente que estaba dentro de la casa, pero apenas podía entender lo que decía, ya que lo único que tenía en mi mente era poder ayudar a Juan y mi alegría desbordante estaba bloqueando cualquier otro pensamiento. Finalmente logramos bajar la camilla hasta que Juan estaba frente a Jesús. Todo el mundo se calla, Jesús se queda callado y mira a Juan. La gente que estaba adentro miran incrédulos a Juan y a todos nosotros y podíamos notar que estaban también enfadados. Jesús, sin embargo, nos mira y se sonríe y su mirada irradiaba amor y comprensión. En aquél momento, yo sentí lo mismo hacia Jesús. Como si Él fuera la fuente de la comprensión y compasión que habíamos sentido antes. Yo – nosotros miramos a Jesús y en nuestros sonrientes rostros se podía percibir la gran felicidad y esperanza que nos inundaba. Jesús inclina su cabeza y nos mira. Estábamos tan concentrados en Jesús y en Juan que ni notamos las demás personas que nos rodeaban. “Amigo, tus pecados te son perdonados”, le dice Jesús a Juan y Juan lo mira con lágrimas en sus ojos, agradeciendo en silencio a Jesús; y a nosotros por haber pensado en él cuando supimos que Jesús iba a estar en el pueblo y por traerlo hasta donde él, sobrepasando muchos obstáculos para ayudarlo. Se le notaba a Juan en su rostro y en sus ojos su profunda gratitud. En ese momento me sentía TAN FELIZ por mi amigo Juan. Es el momento que más feliz me he sentido por nadie en toda mi vida y silenciosamente en mi corazón se lo agradecí a Jesús. De repente, Jesús habló. “¿Por qué sienten todo esto en sus corazones? ¿Qué sería más fácil de decir, ‘Tus pecados te son perdonados’ o ‘Levántate y anda? Pues, para que sepan que el Hijo de Dios tiene poder para perdonar los pecados, te digo a ti, Juan, ‘Levántate y anda’”. Juan hizo tal y como se le ordenó. Se levantó y caminó con su rostro radiante de alegría y todos nosotros, amigos de Juan y ahora, de Jesús, sentimos la misma alegría. ¡Había sido un MILAGRO!!! ¡Alabado sea Jesús!

Practicando lo que se Predica ... Para entender y apreciar mejor el gran regalo que Jesús ofrece mediante la sanación de aquéllos que necesitan volver a la comunidad, visite a alguien que se encuentre en el hospital o en un hogar de ancianos. Debe percibirse del poder sanador que su presencia brinda. Si usted o un familiar necesita sanación, el Sacramento de la Unción podría ser una manera muy poderosa de experimentar el toque sanador de Jesús y de permitir que la comunidad de fe ore con usted en los momentos de aflicción.